



Hildegarda de Bingen

Libro de las obras divinas

Traducción de
María Isabel Flisfisch, María Eugenia Góngora
y María José Ortúzar

Herder

Prólogo

Y aconteció, en el sexto año después de las visiones admirables y verdaderas, en las que había trabajado durante cinco años, que una visión verdadera de luz inagotable me había mostrado a mí, ser humano la más ignorante, la diversidad de las múltiples costumbres; éste fue el primer año del comienzo de las presentes visiones; cuando tenía sesenta y cinco años vi una visión de tan gran misterio y fuerza, que toda yo me estremecía y de allí, por la fragilidad de mi cuerpo, comencé a enfermar. Finalmente, escribiendo durante siete años concluí apenas esta visión.

Y así, en el año 1163 de la Encarnación del Señor, cuando la presión sobre la sede apostólica bajo Federico, emperador de la autoridad romana, todavía no se aquietaba, una voz del cielo se dirigió a mí, diciendo:

«Oh, pequeña forma,¹ que eres hija de muchísimas fatigas y atormentada por graves enfermedades del cuerpo, pero inundada, sin embargo, de la profundidad de los misterios de Dios, encomienda estas cosas que ves con los ojos interiores y que percibes con los oídos interiores del alma, a la escritura firme para

1. «Pequeña forma» es una de las autorrepresentaciones frecuentes de Hildegarda, quien a menudo se autodenominó también «forma de mujer» y «vasija de barro», como humilde vaso que recibió las revelaciones divinas.

utilidad de los hombres; para que también los hombres comprendan a su creador a través de ella y no rehuyan venerarlo con digno honor. Por consiguiente, escribe estas cosas, no según tu corazón sino según mi testimonio, Yo que soy la vida sin comienzo ni fin; y no las escribas inventadas por ti ni premeditadas por otro ser humano, sino predestinadas por mí antes del principio del mundo; puesto que así como conocí al hombre mismo antes de ser creado, así también preví aquellas cosas que le son necesarias».

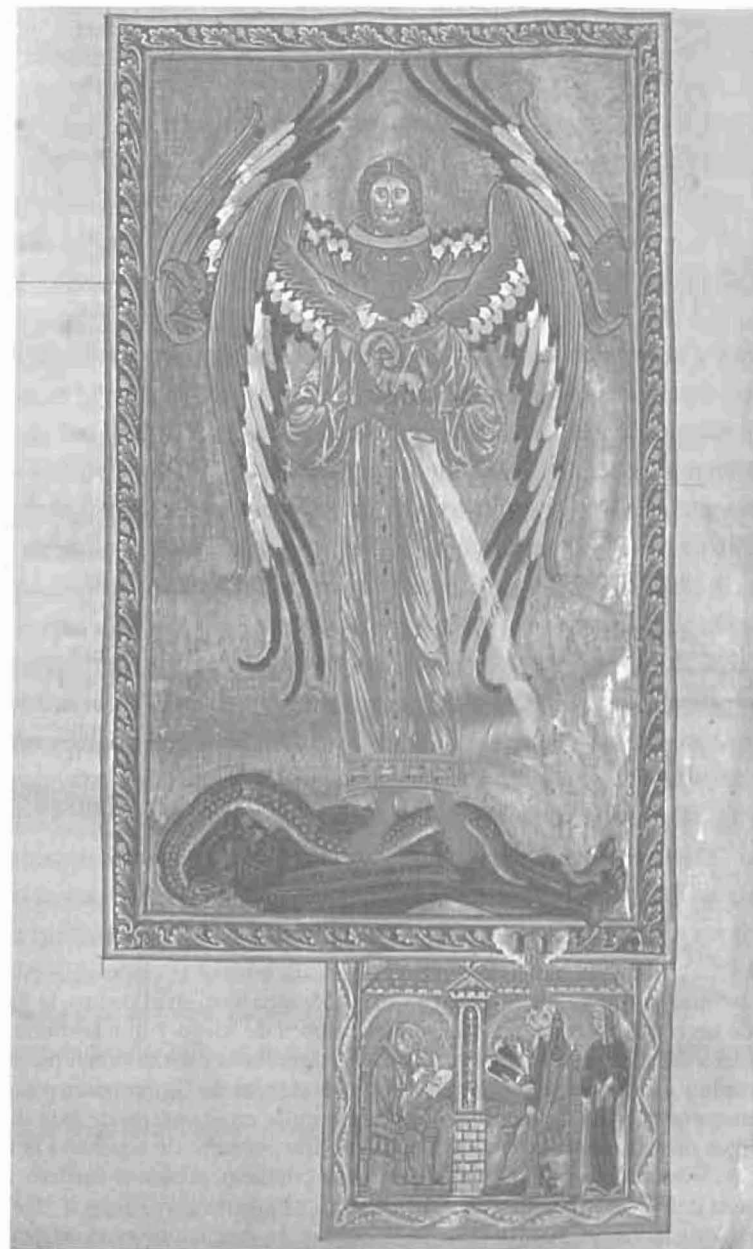
Luego yo, pequeña y débil forma, con el testimonio de aquel hombre,² al que, así como he mencionado en mis anteriores visiones, había buscado en secreto y encontrado, y también con el testimonio de aquella niña³ de la cual hice mención en anteriores visiones, finalmente temblorosa volví a escribir, con la mano quebrantada por las muchas enfermedades. Mientras hacía esto, miré a lo alto hacia la luz verdadera y viviente para saber qué debía escribir; puesto que todo lo que había escrito desde el principio de mis visiones o todo lo que de allí en adelante supe, lo vi en los misterios celestes, vigilante en cuerpo y alma, con los ojos interiores de mi espíritu y lo oí con los oídos interiores y no en sueños ni en éxtasis, así como lo mencioné en mis primeras visiones; y no todo lo que revelé gracias a los sentidos humanos, lo revelé con la verdad como testigo, sino que percibí aquellas cosas que están en los misterios celestes.

Y nuevamente oí una voz del cielo instruyéndome así. Y dijo: «Escribe, pues, de acuerdo a mí, de este modo».

2. Se refiere aquí sin duda al monje Volmar de Disibodenberg, quien fue su confidente y secretario desde los inicios de la redacción de su libro *Scivias*, hacia 1141.

3. Se alude aquí, sin nombrarla, a una joven religiosa que asistió a Hildegarda en la escritura de las visiones del *Liber vitae meritorum* y del *Liber divinorum operum*. Según afirma Peter Dronke en la edición crítica de esta última obra (pág. xxxvi), no puede tratarse de la joven religiosa Richardis von Stade, quien murió tempranamente, en 1152.

Primera visión de la primera parte



Primera visión de la primera parte

En la imagen que se representa en esta visión aparece, en el centro, la figura de un hombre ígneo, vestido con una túnica de fuego y que sostiene un cordero entre sus manos. Sobre su cabeza, aparece la cabeza de un hombre anciano y, de sus costados, surgen dos pares de alas. La figura ígnea pisotea a un monstruo y a una serpiente que se enrolla en el cuerpo de éste. Esta imagen no representa la Trinidad, como podría pensarse de acuerdo a la tradición iconográfica habitual en el occidente cristiano, si bien el cordero y la cabeza del anciano pueden asociarse a ella.

Lo que la visión manifiesta y se elabora en la «audición» es el origen de la vida, y su figura central, el hombre ígneo, representa, según la exégesis de Hildegarda, la suprema potencia divina de la caridad creadora.

I. Y vi, como en el medio del aire austral, una imagen hermosa y prodigiosa en el misterio de Dios, similar a una forma de hombre, cuyo rostro era de tan gran belleza y resplandor, que yo podía más fácilmente fijar mis ojos en el sol que en esa imagen; y un círculo amplio y de color áureo rodeaba la cabeza de este rostro. Y en este mismo círculo, sobre esta misma cabeza, aparecía otro rostro como de hombre viejo, cuyo mentón y barba tocaban la coronilla de esta cabeza. Y de cada lado del cuello de esta figura salía un ala, que, ascendiendo por sobre el ya mencionado círculo, allí se unían. Pero, en la parte más alta de la curvatura arqueada interior del ala derecha, yo veía como una cabeza de águila, que tenía ojos ígneos, en los cuales aparecía un fulgor de ángeles como en un espejo; y en la parte más alta de la curvatura arqueada exterior del ala izquierda había un rostro como de hombre, que brillaba como el fulgor de las estrellas. Y estos rostros estaban vueltos hacia el oriente. Pero también de ambos hombros de esta imagen se extendía un ala hasta sus rodillas. Vestía también una túnica semejante al fulgor del sol; y en sus manos tenía un cordero, espléndido como la luz del día. Sin embargo, sus pies hollaban a un cierto monstruo de forma horrible y de color venenoso y negro y a una cierta serpiente, que hundía su boca en la oreja derecha de este mismo monstruo, y curvando el resto de su cuerpo por encima de su cabeza, extendía su cola en el lado izquierdo hasta sus pies.

II. Y esta imagen decía:

«Yo soy la potencia suprema e ígnea, que encendí todas las chispas vivientes y no exhalé cosa mortal alguna, sino que decido

que sean las cosas que son; Yo, circunvolando el círculo envolvente con mis plumas superiores, esto es, con la sabiduría, adecuadamente lo dispuse así. Pero también Yo, vida ígnea de la sustancia de la divinidad, arrojé llamas sobre la belleza de los campos y brillo en las aguas y resplandezco en el sol, en la luna y en las estrellas; y, con un viento de color bronceo, despierto a la vida todas las cosas desde la vida invisible, que todo lo sostiene. Pues el aire vive en el verdor y en las flores, las aguas fluyen como si tuvieran vida, el sol también en su luz vive y cuando la luna ha llegado a menguante, es encendida por la luz del sol como si nuevamente tuviera vida; las estrellas también brillan en su luz como si tuvieran vida. Yo erigí también las columnas, que abarcan todo el orbe de la tierra, esto es, aquellos vientos que tienen las alas puestas debajo de sí, es decir, los vientos suaves, los que con su suavidad sostienen a los vientos más fuertes, para que no se muestren con peligro; así también el cuerpo cubre y contiene al alma, para que no expire. Tal como el cuerpo contiene el aliento del alma y lo afirma, para que así no se extinga, también los vientos más fuertes animan a los vientos sometidos a ejercer convenientemente su labor.

Y de este modo, Yo, potencia ígnea, me oculto en ellos, y se encienden ellos desde mí, y así como el aliento continuamente mueve al hombre así está en el fuego la llama expuesta al viento. Todas estas cosas viven en su propia esencia y no se crean en la muerte, porque Yo soy la vida. También soy la racionalidad contenida en el viento de la palabra resonante con la que fue hecha toda creatura; y lo insuflé en todas ellas, de modo que no sea ninguna de ellas mortal en su género, porque Yo soy la vida.

Pues Yo soy la vida entera, no arrancada de las piedras, ni florecida de las ramas, que no ha echado raíces de la fuerza viril, sino que la vitalidad ha echado raíces desde Mí. Pues que la racionalidad es raíz, la palabra resonante florece en ella».

Por ello, dado que Dios es racional, ¿cómo podría suceder que no hubiese obrado, dado que toda su obra florece a través del

hombre, al que hizo a imagen y semejanza suya, y marcó a todas las creaturas, según una medida, en el hombre mismo? Pues en la eternidad siempre fue presente que Dios quiso hacer su obra, esto es, al hombre; y cuando completó esta obra, le dio todas las creaturas para que obrara con ellas, del mismo modo que Dios mismo había hecho su obra, esto es, el hombre.

Pero también soy hacendosa, ya que todas las cosas que tienen vida resplandecen por mí, y soy resplandor de vida en la eternidad, que no ha comenzado ni tendrá fin; y la vida misma es Dios, moviéndose y obrando y, sin embargo, es vida en una y tres fuerzas. Y así la eternidad es el Padre, la Palabra es el Hijo, y el aliento que une estas dos fuerzas se llama Espíritu Santo, así también Dios puso su sello en el hombre, en el que están cuerpo, alma y racionalidad. Y por esto ardo en la belleza de los campos, esto es, sobre la tierra, que es la materia de la que Dios hizo al hombre; y por esto brillo en las aguas, esto es, según el alma, pues así como el agua cubre toda la tierra, así el alma recorre todo el cuerpo.

Porque esto, en verdad, de que ardo en el sol y en la luna es la racionalidad (en efecto, las estrellas son las innumerables palabras de la racionalidad). Y por esto despierto a la vida con un viento bronceo, desde la vida invisible que todo lo sostiene; porque aquellas cosas que avanzan progresivamente con el aire y con el viento permanecen animadas, no apartadas de lo que son.

III. Y nuevamente oí una voz del cielo que me decía: «Dios, que todo lo ha creado, hizo al hombre a su imagen y semejanza, y en él puso su sello tanto a las creaturas superiores como a las inferiores; y lo tuvo en tan grande dilección que lo destinó al lugar donde había sido arrojado el ángel caído, para disponerlo a la gloria y el honor que aquél había perdido en la bienaventuranza. Y esta visión esto representa.»

Pues ves, como en el medio del aire austral, una imagen hermosa y prodigiosa en el misterio de Dios, similar a una forma de hombre; a sa-

ber, que en la fortaleza inagotable de la divinidad, la caridad mostrada con figura de hombre, es bella en la elección y admirable en los dones de los secretos del Padre Celestial; porque, cuando el Hijo de Dios vistió la carne, redimió al hombre perdido con el servicio de la caridad. Por ello, su *rostro es de tan gran belleza y resplandor, que yo podía más fácilmente fijar mis ojos en el sol que en esa imagen*; puesto que la generosidad de la caridad es de tan grande excelencia y resplandor en sus dones, que trasciende toda la comprensión de la ciencia humana, gracias a que puede comprender las diversas cosas en el alma, como nadie es capaz de concebirla en su sentido. Pero aquí se muestra en el significado que Él, que no es visto visiblemente por los ojos que ven, es conocido a través de la fe.

IV. *Y un círculo amplio y de color áureo rodea la cabeza de este rostro, porque la fe católica difundida por todo el orbe de las tierras, levantándose en la primera aurora del eximio fulgor, abrazó la excelencia de la verdadera generosidad de la caridad con toda devoción, luego que Dios redimiera al hombre en la humanidad de su Hijo y lo afirmara por infusión del Espíritu Santo; de manera que quien fue Dios en la divinidad sin tiempo del inicio antes de los tiempos se reconoce uno en la Trinidad. Y que en este mismo círculo, sobre esta misma cabeza, aparece otro rostro como de hombre viejo, es decir, que la bondad de la divinidad, que no tiene inicio ni fin, elevando todas las cosas, prestó ayuda a los fieles, de manera que el mentón y la barba de este mismo rostro toque la coronilla de esta cabeza*; puesto que la divinidad, disponiendo y protegiendo todo, obtiene la grandeza de la suma caridad, luego que el Hijo de Dios en su humanidad devolvió las cosas celestiales a los hombres perdidos.

(V). *Y de cada lado del cuello de esta misma figura sale un ala, que, ascendiendo por sobre el ya mencionado círculo, allí se unen*; porque el

amor de Dios y el amor al prójimo, avanzando en la unidad de la fe por la caridad y abarcando a su vez esta misma fe por el sumo deseo, no se separan uno de otro, cuando la santa divinidad oculta el infinito esplendor de su gloria a los hombres, pero ellos, en la sombra de la muerte, no participan de la vestimenta celestial que perdieron con Adán.

V (VI). *Pero, en la parte más alta de la curvatura arqueada interior de esta ala derecha, ves como una cabeza de águila, que tiene ojos ígneos, en los cuales aparece un fulgor de ángeles como en un espejo*; puesto que, en la grandeza de la sujeción triunfante, cuando todo aquel que está sujeto a Dios se supera a sí mismo y al diablo, se hace grande en la bienaventuranza de la protección divina. Y cuando levanta hacia lo alto su mente encendido así por el Espíritu Santo y fija su atención en Dios, aparecen claramente los espíritus bienaventurados y ofrecen a Dios la devoción de su corazón. Pues los hombres espirituales, que con toda la devoción de su corazón en contemplación miran a Dios, como los ángeles, frecuentemente, están representados en el águila. Por esto, los espíritus bienaventurados, mirando asiduamente a Dios, se alegran de las buenas obras de los justos y ellos mismos las muestran en sí mismos y así, perseverantes en la alabanza a Dios, nunca se cansan, porque nunca podrán agotarlo. En efecto, ¿quién podría calcular las innumerables maravillas que hace Dios en la potencia de su poder? Nadie. Por cierto que los ángeles tienen un fulgor similar al de muchos espejos, en el cual ven que nadie obra así ni tiene tan grande poder como Dios; por ello tampoco nadie es semejante a Él, puesto que Él no está en el tiempo.

VI (VII). Ciertamente todas las cosas que Dios ha hecho, las tuvo ya antes del principio de los tiempos en su presciencia. Pues en la pura y sagrada divinidad todas las cosas visibles e invisibles aparecieron antes de los tiempos sin movimiento ni tiempo,

al igual que los árboles u otras creaturas cercanas a las aguas se ven en ellas, aunque no estén ahí corporalmente; sin embargo, toda su configuración aparece en las mismas aguas. Y cuando Dios dijo: «Hágase», inmediatamente se revistieron de forma todas aquellas cosas que, no teniendo antes cuerpo alguno, Él veía antes de los tiempos en su presciencia. Pues todas las cosas que están a la vista de Él brillan como en un espejo; así, en la sagrada divinidad todas Sus obras aparecieron sin transcurso del tiempo. ¿Y de qué modo podría Dios estar sin la presciencia de su obra cuando toda su obra se hizo plena en la función que le correspondía, luego que se revistió de su cuerpo? La sagrada divinidad conoció anticipadamente que a Él correspondía estar en el saber, el conocer y el ejecutar. Pues así como el rayo de luz muestra cada forma de creatura a través de la sombra, así la presciencia pura de Dios vio toda configuración de las creaturas antes de que fuesen corporales; puesto que la obra que Dios había de hacer en su presciencia resplandeció antes que esta misma obra tuviese cuerpo según esta semejanza, tal como el hombre mira el esplendor del sol antes que pueda ver su sustancia. Y así como el esplendor del sol lo revela a él mismo, así también los ángeles muestran a Dios al alabarlo; y al igual que no puede acontecer que el sol exista sin su luz, así la divinidad no existe sin la alabanza de los ángeles. Pues la presciencia de Dios fue primero y su obra la siguió; y, si la presciencia de Dios no hubiese sido primero, su obra no hubiese aparecido; al igual que, si el rostro no es visto, el cuerpo del hombre no es conocido; y cuando el rostro del hombre es visto, su cuerpo es alabado. Y así la presciencia de Dios y su obra están en Él.

VII (VIII). Y había una cierta multitud innumerable de ángeles, que quisieron existir por sí mismos, ya que, habiendo visto su propia claridad grande y gloriosa en el máximo esplendor, olvidaron a su Creador. E incluso antes de que comenzasen a alabarlo, calculaban para sí que el fulgor de su honor era tan grande,

que nadie sería capaz de resistirlos; por ello también querían oscurecer a Dios. Porque, habiendo visto que nunca podrían agotarlo en sus milagros, lo aborrecieron; y debiendo alabarlo, con una opinión falaz decían que, en su gran claridad, ellos elegirían a otro Dios. Por ello cayeron en las tinieblas, reducidos a una incapacidad tan grande que no podían hacer nada en ninguna creatura, a no ser cuanto les era permitido por su Creador. Pues, una vez que Dios hubo adornado al primer ángel, llamado Lucifer, con todos los adornos de las creaturas que les había dado a ellas, de tal manera que todo su séquito tuviese esplendor, este mismo Lucifer, caminando en sentido contrario, fue convertido en el más horrible de entre todos los horribles, pues la santa divinidad, en su celo, lo arrojó al lugar sin luz.

VIII (IX). Y en la parte más alta de la curvatura arqueada exterior del ala izquierda hay un rostro como de hombre, que brilla como el fulgor de las estrellas; esto es, que en la cúspide de la humillación vencedora, cuando el hombre pisotea con humildad las causas terrenas contrarias a él, a su izquierda, y se vuelve hacia la protección de su Creador, tiene apariencia de hombre, porque comienza a vivir en la honestidad, no según la muchedumbre, sino según lo que la naturaleza humana le enseña. Por ello, él muestra también que la buena intención de su corazón brilla como eximio esplendor en estas obras justas.

IX (X). Pues cuando Dios dijo: «Hágase la luz», la luz racional nació, es decir, los ángeles, aquellos que persistieron con Él en la verdad y aquellos que cayeron a las tinieblas exteriores sin luz alguna; pues éstos negaron que Dios era la verdadera luz, que existía en la claridad sin inicio antes de los tiempos, y porque quisieron hacer semejante a Él a un tal, que no podía serlo. Entonces Dios hizo brotar otra vida, a la que cubrió con un cuerpo, que es el hombre; a éste le dio también el lugar y la gloria del ángel per-

dido, hasta que el hombre se perfeccionara en la alabanza a Dios, lo que aquél no quiso hacer. Y en este rostro de hombre se muestran aquellos que, entregados en cuerpo al mundo, sirven, sin embargo, continuamente a Dios con el espíritu, y no por el hecho de que sean retenidos mundanamente en el mundo, olvidan aquellas cosas que son espíritu en el servicio a Dios. *Y estos rostros están vueltos hacia el oriente*, porque tanto los espirituales como los laicos, que desean servir a Dios y conservar sus almas en la vida, deben volverse al origen de la santa costumbre y bienaventuranza.

X (XI). *Pero también de ambos hombros de esta imagen se extiende un ala hasta sus rodillas*; puesto que en la fortaleza de la caridad el Hijo de Dios reunió junto a sí a justos y pecadores, y los sostuvo con los hombros, porque habían vivido con justicia, y con las rodillas, puesto que los había apartado de la vía de la injusticia, y los hizo compañeros de los ciudadanos celestiales; así también el hombre sostiene con las rodillas y con los hombros aquello que lleva sobre sí. Pues en la ciencia de la caridad el hombre es conducido por el alma y por el cuerpo a la plenitud de la integridad, aunque sea movido frecuentemente de la condición de la justa estabilidad. Cuando los dones del Espíritu Santo bañan al hombre desde arriba en una generosidad pura y sagrada, lo instruyen copiosamente en las cosas celestiales y espirituales. También lo modelan de otro modo en las cosas terrenales para utilidad de la necesidad corporal; sin embargo, en éstas comprende que es débil, endeble y mortal, aunque haya sido fortificado con muchos de estos dones.

XI (XII). *Viste con una túnica semejante al fulgor del sol*; esto es, que el Hijo de Dios se viste con el cuerpo humano en la caridad, sin ningún contagio de pecado, a semejanza de la belleza del sol; porque como el sol brilla ante las demás creaturas a tan gran altitud, que no puede ser tocado por hombre alguno, así también ninguna ciencia humana, a no ser por la fe, es capaz de captar

cómo es la humanidad del Hijo de Dios. *Y en sus manos tiene un cordero, espléndido como la luz del día*, puesto que en las obras del Hijo de Dios, la caridad produjo la dulzura de la verdadera fe, que brilla por sobre todas las cosas; por ello eligió a los mártires, confesores y penitentes de entre los publicanos y los pecadores, y por ello hizo justos de los impíos, lo mismo que a Paulo, de Saulo; hasta que volasen por sobre las plumas de los vientos, esto es, hacia la armonía celestial. Así la caridad completó su obra paulatina y claramente, de modo que ninguna flaqueza, sino toda la plenitud, estuviese en ella. Esto no lo hace el hombre, porque mientras él ha tenido una pequeña posibilidad de hacer algo, mantiene apenas esa obra hasta completarla, para que sea vista por otros. El hombre considera estas cosas dentro de sí, porque también el pájaro al salir del huevo y careciendo de plumas, aún no se apresura a volar, sino que, después de que ha adquirido las plumas, vuela para ser un pájaro.

XII (XIII). *Pero que holla con sus pies a un cierto monstruo de forma horrible y de color venenoso y negro y a una cierta serpiente*: por esto, la verdadera caridad pisotea, mediante las huellas del Hijo de Dios, la injuria de la discordia, atormentada por los mayores vicios y horrible por las muchas perversidades y venenosa en el engaño y negra en la perdición; y pisotea a la antigua serpiente, que asecha a cada uno de los fieles; puesto que este mismo Hijo de Dios la redujo a la nada en la cruz. *Ésta hunde su boca en la oreja derecha de este mismo monstruo, y curvando el resto de su cuerpo por encima de su cabeza, extiende su cola en el lado izquierdo hasta sus pies*; porque el diablo, a veces asemejándose a la discordia, introduce su engaño para beneficiarse y, colocando levemente al comienzo todo género de vicios aquí y allá, muestra sin embargo al final su perversidad en la máxima culminación de la discordia. Pues la serpiente, que en el dolor es más astuta que los demás gusanos, destruye con esta misma astucia todo lo que puede, y se convierte en

lo que es lo más malo, ya que esto indican sus diversos colores. Y así también lo hizo Satán, puesto que, habiendo conocido su propia belleza, quiso ser semejante a su Creador, y esto contra el hombre le susurró al oído a través de la cabeza de la serpiente; y no dejará de hacerlo hasta el último día; esto es, como su cola.

XIII. Y así la caridad existe sin tiempo en la rueda de la eternidad, lo mismo que el calor en el fuego. Pues Dios en su eternidad conoció anticipadamente a todas las creaturas, a las que así creó en la plenitud de la caridad, para que el hombre no careciera de ningún alimento o servicio gracias a ellas, puesto que las unió al hombre como las llamas al fuego. Y Dios, como ya se ha dicho, hizo al primer ángel con los mayores adornos; pero cuando él se observó a sí mismo, le tuvo odio a su Señor y quiso ser señor; pero Dios lo arrojó a la profundidad del infierno. Entonces el mismo transgresor le ofreció un mal consejo al hombre, y el hombre consintió.

XIV. Pues Dios, una vez que creó al hombre, lo vistió con una vestimenta celestial, de modo que resplandeciera en gran claridad; pero el diablo, observando a la mujer, supo que ella habría de ser la madre de un gran mundo, y con la misma malignidad con la que se apartó de Dios, intentó sobrepasarlo en esta su obra; de manera que esta misma obra de Dios, que es el hombre, se transformara en su aliado. Entonces la mujer, sintiéndose distinta por el sabor de la manzana, le dio la manzana a su hombre; y así ambos perdieron la vestimenta celestial.

XV. Pero luego Dios dijo: *Adán, ¿dónde estás?*¹ que significa que, de antemano, le recordaba que lo había hecho a imagen y semejanza suya y que quería que él volviese a su lado. También cu-

1. Gn 3,19.

brió su desnudez a partir de su oficio servil, y lo envió al exilio, de manera que recibiese una piel de oveja en vez de su vestidura luminosa, del mismo modo que cambió el paraíso por el exilio. Dios, en efecto, unió a la mujer con el hombre con un juramento de fe, de manera que esta fe nunca se destruya en ellos, sino que concuerden unívocamente, así como cuerpo y alma, Dios unió en uno. A causa de esto, cualquiera que destruyese esta fe, y perdurase impenitente y sin corrección, será arrojado a la tierra de Babilonia, es decir, a la tierra de la confusión y de la aridez, la que permanecerá sin el bello verdor del campo, esto es, sin la bendición de Dios; y la venganza de Dios caerá sobre él hasta la última línea de consanguinidad que proviene de su sangre ardorosa, pues éste es el pecado del hombre.

XVI. Y del mismo modo que Adán es el padre de todo el género humano, así también el pueblo espiritual, que ascenderá como Dios le prometió a Abraham a través del ángel, proviene del Hijo de Dios, que se encarnó en la naturaleza virginal; es decir, le prometió que su semilla llegaría a ser así como las estrellas del cielo, como está escrito: *Y sacándole afuera, le dijo: «Contempla el cielo, y cuenta las estrellas, si puedes». Y le dijo: «Así será tu semilla». Abraham creyó en Dios; y se lo estimó en justicia.*² Es evidente que esto debe comprenderse así: Tú, que adoras y veneras a Dios con buena voluntad, mira los secretos de Dios, y examina la recompensa de sus dones, que brillan día y noche ante Dios, si esto es posible para un hombre cargado con el peso de la carne; porque, mientras el hombre saborea aquellas cosas que son carne, no es capaz de coger en plenitud aquellas que son espíritu. Y se le dice en verdadera revelación a aquél, que se esfuerza en adorar a Dios con el recto deseo de su corazón: «De este modo será la semilla de tu corazón multiplicada y anunciada, la que sembraste en un campo propicio inundado por la gra-

2. Gn 15,5-6.

cia del Espíritu Santo; pues también se levantará y brillará muchas veces en las bienaventuradas virtudes en presencia del sumo Dios, del mismo modo que las estrellas brillan en el firmamento». Por esto, todo el que haya creído fielmente en la promesa divina, teniendo la exaltación de la verdadera fe en Dios, de manera que desprecie todas las cosas terrenales y se vuelque a lo alto hacia las cosas celestiales, será considerado justo entre los hijos de Dios, puesto que amó la verdad, y porque no tuvo engaño en su corazón.

XVII. Pues también Dios supo que el espíritu de Abraham no tenía engaño de la serpiente, pues las cosas que hacía, las hacía sin daño para nadie; por ello también Dios eligió la tierra adormecida desde su raza, que era del todo ignorante del sabor con el que la antigua serpiente engañó a la primera mujer. Pero esta tierra señalada de antemano por la rama de Aarón era la virgen María, la que, cámara cerrada del rey, se presentó con gran humildad; porque, habiendo recibido ella este anuncio del trono, que el sumo rey quería habitar en su clausura, miró la tierra de la que fue creada y dijo que ella era la esclava de Dios. La primera mujer engañada no hizo esto, sino que deseó aquello que no debía tener. Incluso la obediencia de Abraham, con la que Dios probó su fe, cuando le mostró el carnero colgando entre espinas, le señaló de antemano la obediencia de la bienaventurada Virgen, la cual, confiando en la palabra del mensajero de Dios, eligió que se hiciera en ella según la palabra de este mismo mensajero; y por ello también el Hijo de Dios en ella vistió la carne, la que había prefigurado el carnero colgando entre los espinos. Pero también, ya que Dios dijo que la raza del mismo Abraham habría de multiplicarse según las estrellas del cielo, veía de antemano en esta raza aquello que había de calcularse en el número pleno de la comunidad celestial. Y puesto que él creyó fielmente y enteramente en Dios, por esto también fue llamado el padre de aquellos que serán herederos del reino de los cielos.

Por lo tanto, que todo hombre tema y ame a Dios, abra la devoción de su corazón por estas palabras, y sepa que estas cosas han sido proferidas para la salvación de los cuerpos y almas de los hombres, no ciertamente por un hombre, sino por mí, que soy.